

LAS REGLAS DEL JUEGO

Su inquietante sonrisa se quedó grabada en mi mente mientras me tendía, gentilmente, los dados. Había sido tan amable de dejarme empezar. Los agité un par de veces en mis manos antes de dejarlos caer sobre el enorme tablero que ante mí se abría. Dos seises. Comencé a correr sin mirar atrás, debía aprovechar esa suerte. La casilla doce era una de fortuna. Cogí una carta con un símbolo de exclamación y la moví un rato entre mis manos antes de leer su contenido “tira de nuevo”.

La partida siguió su curso durante varias horas. Conforme pasaba el tiempo daba menos pasos, cada vez me costaba más seguir, pero no podía rendirme, no después de haber llegado tan lejos. Solo necesitaba un cuatro para llegar a la última casilla y acabar ese maldito juego.

Miré hacia atrás. Él me pasó los dados, los tiré, y corrí, un paso, dos, tres cuatro. Aquella puerta de madera que tantas veces había cruzado era lo único que se interponía entre la libertad y yo, y la carta de fortuna sería la que decidiría mi destino.

Al verla no pude evitar soltar un grito ahogado por las lágrimas que empezaron a recorrer mis mejillas como si de ríos se trataran. En ese momento lo comprendí todo. Nunca había tenido posibilidades de salir de allí; él siempre había tenido la ventaja, siempre había tenido el control, solo estaba jugando.

Me di la vuelta como había dicho la carta. Su sonrisa seguía siendo inquietante pero esta vez yo no iba a salir corriendo, y él lo sabía.

Rubén Barreras Aniesa

Zaragoza